

Libertad

Año 3 • Nº 18 • Portavoz de la COMUNIDAD POLÍTICA VÉRTICE • Junio de 2020

La nueva normalidad debe ser destruida

No deja de ser un sarcasmo que la potente civilización tecnológica posmoderna se haya visto paralizada por un bichito minúsculo que provoca la enfermedad del COVID-19. El virus ha logrado detener durante semanas casi todo el planeta y también nuestro país. Curiosamente, y de forma simultánea, las élites gobernantes se han subido a la ola de la pandemia para impulsar su agenda. Y España no es una excepción. El Gobierno de Sánchez y sus voceros lo han repetido hasta la saciedad estos días: **la lucha contra el virus se ha convertido en la transición hacia una “nueva normalidad”**.

¿Qué es esa “nueva normalidad”? Josep Borrell lo indicaba en una entrevista del 7 de abril afirmando que se iniciaba una etapa en la que el poder lo abarcaría todo “de forma permanente”. Esa presencia del poder supondrá la injerencia en la vida privada y pública de la gente, un replanteamiento del ejercicio de los derechos y libertades y un aumento de los impuestos, del gasto y de la deuda para inflar un supuesto Estado del Bienestar.

La “nueva normalidad”, por tanto, vendría a ser un poder omnipresente, paternalista y todopoderoso. Esto significa que el Gobierno pone el Estado a su servicio, interpretará el «bien común» a su antojo, determinará a su criterio las necesidades, las relaciones laborales y la economía. La libertad de expresión y la separación de poderes serán las primeras víctimas de un sesgo autoritario de esta envergadura. Nos venderán una utopía de falsa equidad y forzada armonía, donde un imaginario hombre nuevo, sano, feliz y en paz, construirá una “sociedad nueva”... que será igual, en sus fundamentos, a la “vieja normalidad”.

Sin embargo, para nosotros esa situación no es ninguna utopía. Es una distopía porque supone la anulación de la naturaleza humana a través de una ingeniería social profunda y un control absoluto de las personas. En esa situación solo habría una verdad y una moral impuestas por el poder, una forma de ser y pensar, de comportarse y de servir a la sociedad.



Esta “nueva subnormalidad” hará realidad muchos de los terrores que nos han anunciado todas las distopías. Quizás fue H. G. Wells el primero en denunciar ese peligro tras caer en el cuento del futuro perfecto en “Una utopía moderna” (1905), donde plantea un Gobierno mundial para imponer una supuesta justicia social y bienestar, sacrificando la libertad a cambio de la seguridad material, que toma formas diabólicas en “Los hombres dioses” (1923), en el que el futuro se vuelve ocio obligatorio, hedonismo, culto a la belleza, uniformidad impuesta, eugenesia para controlar la demografía, sin pasiones, riesgos ni pluralismo. Todo ingeniería social...

Otro de los primeros en denunciar la distopía fue el ruso Yevgeny Zamyatin en su novela “Nosotros” (1924). En el libro aparece un Estado en manos de una autoridad a la que llama «Bienhechor», que proporciona trabajo y alimento a cambio de su libertad. Una sociedad convertida en una inmensa cárcel. Uno de los lectores británicos de Zamyatin pensó ambientar su próxima novela en este libro. Era George Orwell, y empezó a darle vueltas a «1984».

Unos años antes apareció “Un mundo feliz” (1932), de Aldous Huxley, donde describe una sociedad en la que el Gobierno ha hecho desaparecer la naturaleza humana: el instinto familiar, el arte, el amor, la religión, la libertad de conciencia y expresión a cambio de felicidad y bienestar. Esto se consigue a través de la tecnología reproductiva y el control de las emociones mediante

una droga denominada «soma».

Posteriormente, el checo Karel Capek publicó “La guerra de las salamandras” (1936), en la que denunció la estupidez humana por su desprecio a la libertad. Fue el inventor del término «robot», tomado del checo «robot», que significa «trabajo». Sobre ese pozo Orwell escribió “1984” (1949), donde expone la situación del individuo en una dictadura social donde la clave es la alteración de la Historia y del presente mediante el manejo de la verdad, del relato como se dice: “quien controla el presente controla el pasado y quien controla el pasado controlará el futuro”. La verdad no es, sino que se hace, escribió Derrida. Así se construye el ministerio de la Verdad, la neolengua, la policía del pensamiento, el Gran Hermano, y el lema del partido único: “La guerra es la paz, la libertad es la esclavitud, la ignorancia es la fuerza”...

Pero la gran novela sobre una sociedad futura cuya información es controlada es sin duda “Fahrenheit 451” (1953). Ray Bradbury puso ese título porque esa es la temperatura a la que arde el papel. La trama gira en torno a un bombero cuyo trabajo es quemar libros y reprimir la lectura. La resistencia la forma un grupo de personas que memorizan las obras para que no se pierdan en el olvido.

El libro de Huxley comenzaba con una frase: “El liberalismo, desde luego, murió de ántrax”... o de COVID-19, diríamos nosotros. Nos quieren llevar a una sociedad con un “máximo de felicidad” gracias a

eliminar las emociones. Un mundo donde todo es nuevo. ¡Qué belleza eso de lo nuevo! Y así escuchamos a los sicarios del poder como la Ministra de Hacienda y portavoz del Gobierno de España, María Jesús Montero, de que hemos de avanzar y posicionarnos “en este nuevo orden mundial”... Y nos hablan de “desafección a las instituciones” o de que se denuncien por los policías de balcón “conductas insolidarias”, y finalmente al mantra cansino de Pedro Sánchez, con lo de la “nueva normalidad” en la TV, que, como la definía Ray Bradbury, es esa “bestia insidiosa, esa medusa que convierte en piedra a millones de personas todas las noches mirándola fijamente, esa sirena que llama y canta, que promete mucho y en realidad da muy poco”.

Nos deberíamos preguntar por qué se empeñan en una “nueva normalidad” y no en recuperar la normalidad a secas, la de siempre. Sospechemos que esconden esas “decisiones políticas que determinen la vuelta a la nueva normalidad”, como anunció Sánchez, cuando todavía ni siquiera podemos poner nombre a los miles de fallecidos durante su desastrosa gestión de la epidemia.

No lo dudemos un segundo, la “nueva normalidad” será tan mala como la “vieja normalidad”, porque el fundamento sigue siendo el mismo.

El dilema de la distopía no es entre “nueva” y “vieja” normalidad. El problema es la normalidad en sí misma. Esa normalidad que nos ha traído a este mundo decadente, suicida, aurodestrutivo, insano... Pierdan toda esperanza, no nos van a engañar con sus medios de comunicación, con sus escuelas de adoctrinamiento, con sus infames leyes y sus sicarios con toga, ni le tememos a sus gorilas uniformados, ni a sus “influencers” ni a sus macacos trajeados hablando en el karaoke de un hemicycle donde se cultivan los virus de la posmodernidad. Preparémonos para la lucha, para la subversión y para jornadas de gloria.

**Normalitatis Delenda est...
(La normalidad debe ser destruida).**

Maldito virus, maldita clase política

La pandemia del COVID-19, que se ha llevado por delante a varias decenas de miles de compatriotas (las cifras definitivas están todavía por fijarse, pero todo apunta a que serán muy superiores a las reconocidas oficialmente), ha dejado patente varias evidencias insoslayables:

- La pésima gestión del gobierno de **Sánchez e Iglesias**, que hizo oídos sordos ante los clarísimos avisos de lo que se nos venía encima y que fue incapaz de tomar medidas eficaces —la del confinamiento, la de la preparación de los medios ante la emergencia sanitaria, etc.— hasta que pasó la emblemática fecha del 8 de marzo. Si bien no puede considerarse como un foco de contagio decisivo, todo hace pensar que se retrasó la toma de decisiones permitiendo actos masivos y multitudinarios como espectáculos deportivos y otras grandes aglomeraciones con esa excusa. El 25 de febrero las portadas de la gran mayoría de los periódicos (basta con tirar de hemeroteca) ya hablaban de una pandemia de consecuencias gravísimas y por todos era conocido el antecedente de la vecina Italia a través de los medios de comunicación. Hasta entonces, todo fueron mensajes *minorizando* el peligro, vaguedades y fugas hacia adelante hasta que, pasada la fecha, tarde y chapuceramente, se decide decretar el estado de alarma el 14 de marzo. Perdimos al menos dos semanas preciosas que hubieran salvado muchas vidas, que habrían evitado el colapso de nuestro sistema sanitario, el auténtico genocidio sufrido en las residencias de nuestros abuelos y que hubieran aliviado la descomunal crisis económica que no ha hecho más que empezar.
- La incapacidad de la oposición que ha ido a la par que la del gobierno. Nadie de la bancada de enfrente

supo ver el peligro y la derecha seguía haciendo su torpe oposición partidista hablando de Venezuela y de los *sempiternos tópicos* de siempre. La gestión sanitaria de las comunidades autónomas en manos de otros partidos ha sido igualmente desastrosa y no olvidemos que hasta la “derechita valiente” celebró su acto masivo en Vistalegre como si nada estuviera sucediendo. Por otra parte, creemos que la gestión de la crisis en manos del Partido Popular hubiera sido igualmente catastrófica. ¿Se acuerdan de la ministra de Sanidad **Ana Mato** con sus fiestas con payasos, confeti, viaje y cochazo en el garaje por cuenta de la trama **Gürtel**? ¿Se imaginan la gestión de la Sanidad Pública en manos de VOX que apuesta abiertamente por la desaparición del Sistema Público Universal?

- La nefasta partición de nuestro Sistema de Sanidad público en 17 taifas, lo que ha dificultado un frente común a nivel nacional para la aplicación de medidas sanitarias lógicas y necesarias, y centralizar la logística necesaria. En este aspecto, cabe destacar aquellos territorios gobernados por formaciones secesionistas, que no han puesto toda la carne en el asador por supeditar la salud de la población a sus intereses de hacer volar por los aires el Estado, previa obtención de prebendas arrancadas a base de apoyos parlamentarios. Para el separatismo, si hay que balcanizar todavía más se hace a costa de lo que sea. La gobernabilidad ha estado durante décadas —y esta vez se ha evidenciado de manera sangrante— en manos de *caciques neofeudales* que tienen en sus manos el destino de la Nación española.
- Los recortes sufridos durante años en materia de salud pública por parte de los sucesivos gobiernos tanto centrales como autonómicos.



En ocasiones, hasta lucrándose al favorecer el negocio de la sanidad privada en lugar de dotar de una férrea musculatura a la estructura pública que debe protegernos a **TODOS**.

- El resultado del desmantelamiento de nuestro tejido industrial ha salido a la palestra cuando nos hemos visto obligados a importar materiales básicos de protección. Esto no es de ayer ni de anteayer. Esto obedece a un plan concienzudo orquestado desde la preparación de nuestro ingreso en la Unión Europea, condenando a España a ser un país de turismo, ladrillo y servicios.
- El bajísimo perfil de **TODA** la **CASTA** política. La incapacidad de los líderes de las diversas formaciones políticas que han ofrecido un espectáculo bochornoso, provocando que la crisis haya sido y vaya a ser más aguda. Siempre ha primado el interés partidista contra los intereses generales del pueblo español... pero esta vez se trataba de salvar vidas y de evitar una catástrofe económica de magnitud todavía insospechada y que amenaza especialmente a los sectores más vulnerables de la sociedad... **Sánchez, Iglesias, Casado, Abascal**, etc... este es el triste nivel.
- Y bendiciendo todo esto, nos topamos con la guinda del pastel del Régimen del 78: la monarquía borbónica, que está en el origen de los problemas que nos han azotado desde hace cuatro décadas y que ha aprovechado el momento de máxima gravedad para ocultar las vergüenzas y los negocios del *Campechano*. Ya se habla abiertamente de que está a la búsqueda un retiro dorado en el extranjero ante la remota posibilidad de que tenga que someterse a la acción de la justicia mientras su heredero hace malabarismos para mantener la nefasta institución.

Las fatídicas consecuencias ya están aquí y han venido para quedarse una buena temporada: pulverización y precarización extrema de las clases trabajadoras. Una joven generación que va a vivir una segunda crisis cuando todavía se estaba recuperando de las heridas de la primera y que no puede atisbar sino un negro futuro sin esperanza alguna. En definitiva, un profundo desastre a todos los niveles y sin solución por parte de los valedores del **Régimen** actual.

Es por ello que desde la **Comunidad Política Vértice** venimos apostando por un cambio radical de **Sistema**: una **República** regeneradora que identifique al Estado con los intereses populares y que nos conduzca a la consecución de una **Patria justa, libre y soberana**, donde ningún compatriota quede a la intemperie y donde todo el pueblo sea el dueño de su destino frente a los criminales intereses del neoliberalismo globalizador, de sus lacayos de la partidocracia y de un orden mundial injusto que acarrea el empobrecimiento, la desigualdad, la marginación y en este caso, hasta la muerte de decenas de millares de españoles. ■



REVISTA DE IDEAS PARA GENTE CON IDEAS

VÉRTICE
Nº 6 15€
PENSIONES DE JUBILACIÓN: ¿SOSTENIBLES?
GEOPOLÍTICA DE LAS TIERRAS RARAS
CUESTIONAR NUESTRA MEMORIA: REPENSANDO LA HISTORIA

DOSSIER
EL TOTALITARISMO POSMODERNO: LO POLÍTICAMENTE CORRECTO Y LA CRIMINALIZACIÓN DE LA CRÍTICA

www.comunidadvertice.es
vertice@comunidadvertice.es
WhatsApp: 611 007 129